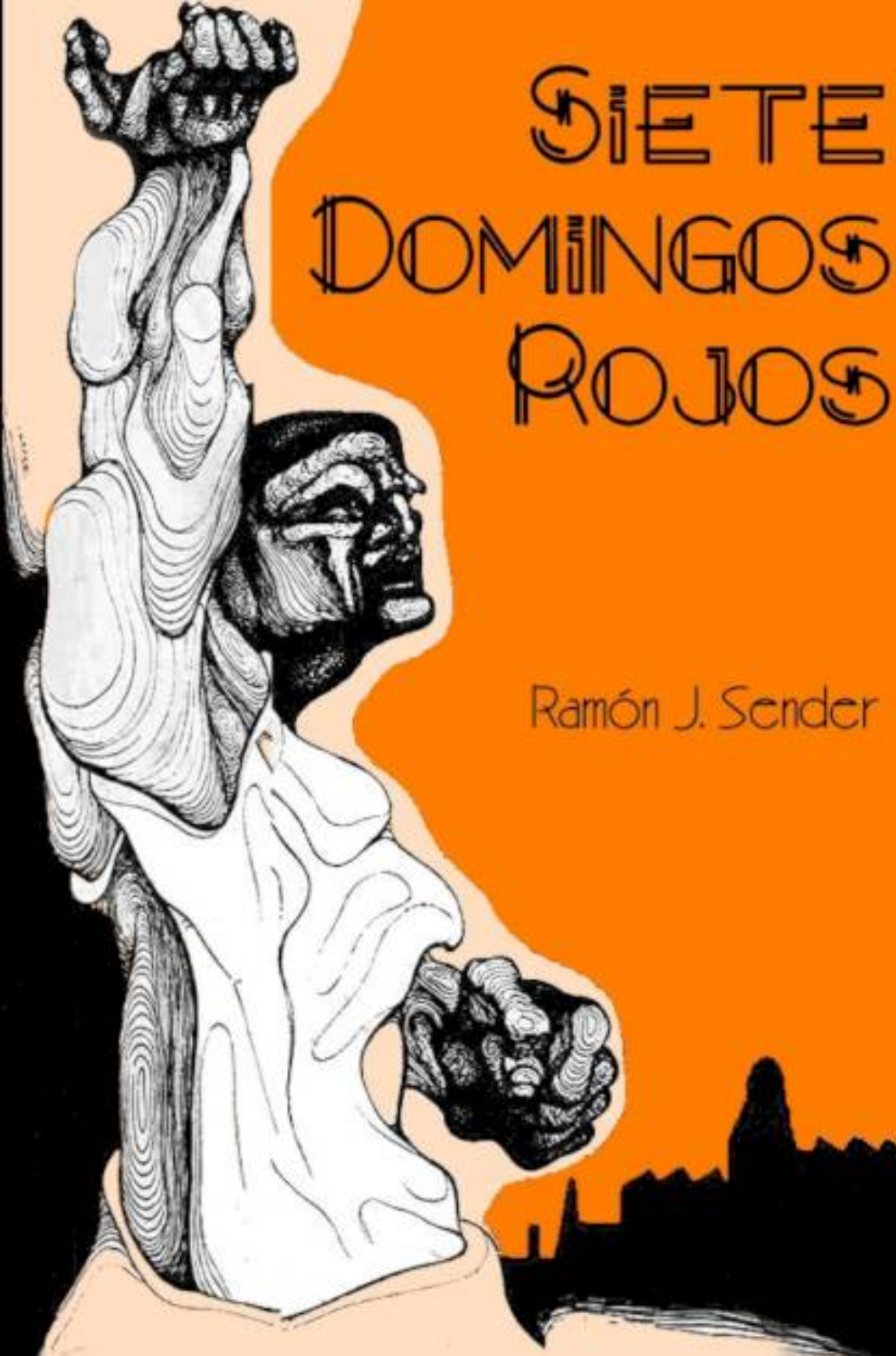


SIETE DOMINGOS ROJOS

Ramón J. Sender



Siete domingos rojos narra el desarrollo de una huelga general convocada como protesta por la muerte de tres obreros en un altercado contra la policía, que intentaba suspender un mitin anarcosindicalista. El significado del título es evidente: **siete** no son sólo los días de una semana, es el número mágico y bíblico; en los **domingos** no se trabaja, hay una tarea extraordinaria, la creación del mundo nuevo revolucionario; **rojos** por la violencia, la muerte y la generosidad de la entrega.

En esta novela, temprana aunque también una de las más vigorosas de su extensa producción, Sender nos traslada durante una semana a la vida cotidiana del Madrid obrero de los años treinta, colapsada y alterada por los disturbios y la represión, e impregnada por el espíritu anarquista. Con abundantes dosis de reportaje, con no pocos ingredientes extraídos de su propia circunstancia personal, el autor traza las líneas maestras del anarquismo español en el periodo republicano. Samar, el protagonista, recuerda al propio Sender tanto por la pasión con que se inmiscuye en las luchas sociales de su tiempo como por el afán reflexivo mediante el que pretende distanciarse del torbellino de la historia para entenderlo mejor.

PRÓLOGO A LA SEGUNDA EDICIÓN

La primera vez que se publicó esta novela, en Barcelona, yo consideraba la literatura como una forma de escapismo. Pero hay varias maneras de escapar. Una hacia el pasado, otra hacia el futuro, otra por el mundo de los sueños fuera del tiempo y aun la mía, que consistía perderse en los bajos fondos de la realidad misma del momento. Unos bajos fondos más ligados a nuestro mundo inconsciente que a nuestra conciencia.

Aunque parece irreal a veces, ese substrato viene a ser la cuna misma y la raíz de la realidad. Así sucedió, poco después, que los que no creían que esta novela estuviera autorizada por la verdad de las condiciones sociales de 1933, tuvieron la desgracia o la fortuna de persuadirse de lo contrario durante la guerra civil en la que todos —tirios y troyanos— fuimos víctimas, y los triunfadores no han estado nunca seguros de su triunfo, ya que la historia sigue y las contiendas de ese género no se acaban nunca sino que se proyectan hacia un futuro siempre problemático y amigo de las compensaciones.

El amor por la libertad es entre los anarcosindicalistas españoles (y ahora entre la llamada «nueva izquierda», que tiene la misma mentalidad y por cierto las mismas banderas en todas partes) natural, y va ligado a los movimientos religiosos, sociales y políticos de todos los tiempos desde los primeros testimonios de la llamada protohistoria.

Pero además ese amor a la libertad (que naturalmente está hoy igualmente encendido en mí y supongo que en ti, lector) lo abarca todo y condiciona y da su calidad intrínse-

ca a todas las formas de amor, incluidos el amor sexual y el que mueve a los astros en el espacio.

He retocado un poco la primera edición. He querido dar más unidad estructural a lo que tiene la novela de poético. En realidad, una novela, como un poema, no está acabada mientras vive su autor. Sólo hay que tener en cuenta las últimas ediciones de los poetas que ya nos dejaron y las de las novelas de los que vivieron antes que nosotros^[*]. Espero que si alguien quiere acordarse de mí en el futuro, sean estas últimas ediciones las que tome en consideración. Pero si no es así, estará en su derecho y a mí no me importa gran cosa, ya que como digo al final de *Siete domingos rojos*, la única libertad absoluta posible (esa que en vano buscamos con cada paso y cada palabra y cada latido de nuestro pulso) es una libertad metafísica que se nos da a todos al final. Y que yo tendré entonces.

Sin embargo, evita mientras puedas ese final, lector amado. Es un buen consejo. La muerte es un asunto feo. Y tratemos de hacer compatible mientras tanto nuestro amor por la libertad con los otros amores más inmediatos y con la necesidad de propiciar condiciones más justas entre los hombres.

R. S.

PRÓLOGO A LA PRIMERA EDICIÓN

Como hablo pocas veces a lo largo de este libro —casi siempre hablan los personajes—, no estará de más que pida la palabra antes de comenzar. Poco es lo que he de decir, pero me interesa de manera especial advertir lo siguiente:

Desde, el punto de vista político o social este libro no satisfará a nadie. Ya lo sé. Pero no se trata de hacer política ni de fijar aspectos de la lucha social ni mucho menos de señalar virtudes o errores. No busco una verdad útil —social, moral, política— ni siquiera esa inofensiva verdad estética —siempre falsa, artificiosa— en torno de la cual se desorientan tantos jóvenes.

La única verdad —realidad— que busco a lo largo de estas páginas es la verdad humana que vive detrás de las convulsiones de un sector revolucionario español. Voy buscándola en la voz, en las pasiones de los personajes y en el aire y la luz que las rodean, y con las que se identifican formando una atmósfera moral turbia o diáfana, lógica o incongruente. Ni siquiera pretendo una realidad novelesca. Es una realidad simplemente humana, con lo estúpido y lo sublime. Lo estúpido también porque miro a los hombres a la hora de escribir sin la superstición intelectualista del hombre por el hombre, que en fin de cuentas es en los novelistas la superstición pedante e insoportable de sí mismos. Los hombres de mi libro desconocen las conveniencias sociales y no han tenido nunca cédula personal.

Claro que el libro no se dirige expresamente al entendimiento del lector, sino a su sensibilidad, porque las verda-

des humanas más entrañables no se entienden ni se piensan, sino que se sienten.

Son las que el hombre no ha dicho ni ha probado decir porque cumplen su misión en la zona brillante y confusa del sentir. Al final del libro, el lector que se haya abandonado lealmente habrá comprendido o no el fenómeno social o político a que me refiero, pero desde luego habrá «sentido» desarrollarse dentro de sí una evidencia nueva. Dirigirse a los sentidos, a la sensibilidad y no al entendimiento, al «intelecto», tiene para mí además la ventaja de que nadie podrá llamarme «intelectual» con plena razón.

El libro podrá parecer, a veces, inconexo y desarticulado. Si el lector está bien dotado para mirar y comprender lo encontrará todo lógico porque el caos tiene en arte su lógica. Pero quiero, a pesar de todo, decir antes algo sobre mi posición personal en todo esto. Ayudar a los que no logren sacar de la evidencia de su impresión final fórmulas concretas. A mi juicio, el fenómeno anarcosindicalista obedece a una razón de supervitalidad de los individuos y de las masas. A la generosidad y al exceso de sí mismos que a los hombres y a las sociedades demasiado vitales suele acompañarles. Piensen los lectores en la enorme desproporción, que hay entre lo que las masas revolucionarias españolas han dado y dan a lo largo de sus luchas y lo que han obtenido. Y entre la fuerza que tienen y la eficacia con que la emplean. Detrás de esto puede haber muchas cosas, pero hay por encima de todas —y es lo que a mí me interesa— una generosidad heroica, a veces verdaderamente sublime.

Si alguien me preguntara qué es el anarcosindicalismo —sin prejuicios ni finalidades políticas—, yo extendería la mano hacia este libro. Si quedaran gentes bastante simples todavía para preguntar si el sindicalismo es bueno o malo, yo me encogería de hombros y les ofrecería el libro. Si alguien me dijera: «¿Cree usted en la existencia del fenómeno anarcosindicalista como un hecho trascendental de la

política española?», yo contestaría que sí y que ni hoy ni nunca podrá desconocerlo nadie. Si alguien finalmente me pidiera que concretara mi posición personal ante el anarcosindicalismo como tal hecho político, yo volvería, a lo de antes y exhibiría mi fórmula. Una fórmula apolítica: los seres demasiado ricos de humanidad sueñan con la libertad, el bien, la justicia, dándoles un alcance sentimental e individualista. Con ese bagaje un individuo puede aspirar al respeto y a la lealtad de sus parientes y amigos, pero siempre que se quiera encarar con lo social y general se aniquilará en una rebeldía heroica y estéril. No puede un hombre acercarse a los demás dando el máximo y exigiendo el máximo también. Las sociedades se forman no acumulando las virtudes individuales, sino administrando los defectos con un sistema que limita, el área de expansión de cada cual. Claro que el sistema es uno con el feudalismo, otro con el capitalismo, otro distinto con el comunismo. Los anarcosindicalistas pudieron crearse el suyo propio y mientras no lo tengan seguirán aspirando a una curiosa sociedad donde todos los hombres sean, en el desinterés, San Franciscos de Asís; en el arrojo, Espartacos; en el talento Newtons y Hegels. Detrás de esto hay una realidad humana verdaderamente generosa. A veces —repitámoslo con entusiasmo—, sublime. Ya es bastante haber.

Barcelona, 1932.

R. S.

I

*Habla el camarada Villacampa, del Sindicato
Mercantil*

En la pared del cuarto tengo un calendario. Me gusta sacar las hojas sin esperar a que pasen los días, sólo por leer las sentencias y los cuentos instructivos del dorso: «No hay peor cuña que la de la misma madera» y «El ocio es el padre de todos los vicios». ¡Qué grandes verdades! También me dicen a veces que un perro llamado Napoleón fue vendido a un inglés en cincuenta mil pesetas, y que la Luna es un pedazo de tierra que ocupaba el hueco del océano Pacífico. Y además la historia condensada de Viriato y el asesinato de Sertorio. El calendario va hacia adelante, naturalmente. Después del lunes, el martes.

Al arrancar las hojas antes de hora no quiero expresar mi impaciencia por vivir el mañana. Yo no tengo derecho a esa elegante inquietud porque mi padre, el autor de este libro, me ha hecho nada más que dependiente de comercio. Yo arranco las hojas y las leo porque a veces me aburro un poco en mi cuarto, pero también porque desde que soy amigo de Samar, un joven que escribe en los periódicos, necesito saber quiénes eran Sertorio y Viriato para discutir alguna vez. No me gusta darle siempre la razón, entre otros motivos porque demasiado sabe él que la tiene.

Al lado del calendario, en la pared, hay una mancha de humedad que representa una figura monstruosa. Recuerda unas brujas que hay en el monumento a Goya. Los tranvías 11, 6 y 49 paran allí mismo y yo suelo ir en la plataforma, unas veces para poder hablar con alguien, ya que dentro la gente no habla, y otras porque llevo paquetes —cinco kilos de aceite y dos de azúcar, por ejemplo— y el conductor me deja ponerlos a su lado, junto al motor. En el 49 iba yo un día cuando vi a Samar con una hermosa señorita y una señora de compañía, lo que llaman una carabina. Yendo ellos el tranvía se convertía en coche de lujo. Ella era como una actriz de cine que vi una vez, y parecía que andaba y movía los brazos y hablaba con música. Él estaba concentrado y serio. Yo no sabía si darme a entender o no. Podía molestarlo que lo viera de aquella traza, tan aburguesada. Él me sonrió, me dejó paso al bajar con mis paquetes y me dio con la rodilla en la corva obligándome a doblar la pierna y a hacer una genuflexión. Ese Samar, siempre lo mismo. Tuve que hacer ante su novia una inclinación como en las iglesias. ¿Qué quería decir Samar con aquello? Todo lo hace sencillamente, pero todo parece que tiene segunda intención. Anda y vive y habla con filosofía pero no se le puede decir nada porque de pronto sonrío como diciendo: «¡Eh, qué buenos amigos somos!». Yo no me entiendo con la burguesía y menos con los burgueses que vienen con nosotros.

Ahora bien. Yo soy un hortera. Él es hombre que escribe en los periódicos. Podría llamarlo chupatintas pero él no se molestaría, como yo no me molesto porque me llamen hortera. ¡Bah! Bajo el régimen burgués todo es falso y ridículo, y si se toma en serio como yo tomé a Samar y a su novia, entonces se hacen cosas tan estúpidas como aquella genuflexión. Tengo veinticinco años. Él tiene veintiocho, un gabán con solapas muy grandes y una novia. Yo no tengo gabán como ése, pero también está enamorada de mí una chica, la hija de Germinal García, que es uno de los militan-

tes más antiguos de la organización. Tiene quince o dieciséis años y lleva un jersey rojo. A mí no me gusta, pero ya va siendo hora de que tenga novia, si no tan guapa y perfumada como la de Samar, tampoco tan boba como la hija de Germinal. Ya digo que no me gusta. Si algún domingo me pongo cosmético en el pelo y la corbata roja no es por ella —aunque luego nos veamos en el Centro—, sino porque hay que vestirse y peinarse bien para que lo vea a uno el patrono y le suba el sueldo. El traje y el pelo son todo con la burguesía.

La chica de Germinal se llama Estrella, pero su padre la llama Star —que quiere decir lo mismo—, porque estuvo en Inglaterra y le gusta además esa marca de pistolas. Es morena, tiene los ojos grandes y quietos como los caballos, pero azules. La cara redonda y prieta. Cuando se ríe se le hacen dos hoyos en las mejillas y mira y mira siempre y no dice nada. Es más pequeña que yo, y tengo un metro setenta y dos sin zapatos. Aunque dice que ha cumplido dieciocho años, no tiene más que dieciséis. Lo dice para que su padre le compre medias. Pero es inútil. Va con las piernas desnudas y con zapatos bajos. Se pone unos calcetines bastos de su padre y los arrolla sobre el tobillo. A pesar de todo, no es fea. Pero es demasiado ignorante para ser mi novia. Yo he estado a punto de que me nombrasen delegado de mi sindicato para la federación local y aunque con otro cargo inferior soy del comité. Ella anda intrigando para que la hagan delegada del sindicato en la fábrica de lámparas donde trabaja, pero ¿quién va a proponerla si no sabe más que vender folletos en los mítines? Es hija de Germinal, pero eso aquí no vale como entre los burgueses. Aquí hay que ser hijo de sus propios, actos como yo que...

Bueno, eso no importa. Mi padre al llegar un día de la iglesia tuvo una bronca con mi madre y le dio una paliza. ¿Por qué? Bah, cosas de ellos. Yo tenía doce años. Me marché de casa. Pasé hambre y dormí a la intemperie, pero ya he dicho que nada de esto tiene importancia. Hoy soy el

camarada Leoncio Villacampa. Si no sabéis lo que eso quiere decir, id por el Sindicato y preguntad. De doctrina sindical entiendo bastante para no resbalar nunca en cuestiones de organización. Lo demás es secundario. No leo más periódicos que los de la organización, que son los buenos. Los diarios burgueses, salvo las fotografías, están muy mal. No saben contar las cosas. Hay que ver lo que dicen de nuestros mítines y de nuestros movimientos. Todo por no enterarse. No entienden nada de lo nuestro, y en lo suyo les pasa igual. Con las palabras se arman unos líos terribles. Columnas y columnas para no decir nada. A veces sacan una palabra nueva y todos van detrás. El otro día vi una que no conocía: juridicidad. Samar me dijo que era una moda que seguían todos desde que cayó la dictadura. Palabras y modas, como entre las mujeres. Yo me río mucho cuando leo el diario del patrono.

Al venir la república ya sabía que todo seguiría igual, pero estaba un poco sorprendido con todo aquello. En los días que siguieron a la fuga del rey vi que de pronto las calles, los hombres, las casas, tenían algo nuevo. Parecía que hubiera bodas y verbenas en todas partes. Además se decía que iba a haber Parlamento, yo quería saber qué era eso, porque sólo lo conocía de oídas. La última vez que lo hubo era yo muy pequeño. Parece que todo el escándalo de los políticos burgueses para traer la república obedecía a la supresión del Parlamento por el rey y los militares. Debía ser importante el Parlamento. Iría a verlo por mis propios ojos, porque de lo que dicen los periódicos no se puede uno fiar. El día que se inauguró me puse la chaqueta nueva y la corbata. Me peiné con agua de Colonia y fui allá. ¿No me han visto ustedes en la primera página de «Estampa», donde salí retratado? Cerca de mí estaba el presidente del Gobierno, un hombre cincuentón que no parecía tonto.

Anduve por allí, estuve en el salón de sesiones. Todo era rojo y amarillo. Miré a ver quien andaba en aquello y fui a uno que dicen que era presidente de la Cámara —a aquel

salón le llaman Cámara—. Le pregunté qué significaba aquel acto, se puso muy serio, me observó, como las mujeres cuando no quieren nada de uno, y por fin me dije que era «la apertura de Cortes». Le hubiera preguntado más cosas, pero iba vestido todo de negro y de blanco, igual que en los escaparates de las sastrerías, y parecía que si le hacía una pregunta más le iba a manchar la pechera. Arriba, en unos balconillos, había obispos y señoras. Abajo, filas de bancos y buenos manojos de bombillas. Por todas partes, fotógrafos. Cuando veía el palo del magnesio levantado iba disimuladamente y me ponía delante. He salido en todas. Hablé otra vez con el presidente y luego con tres o cuatro que según parece eran ministros. Buenas personas, sí, señor, aunque ninguno estaba muy seguro de lo que hacía. Me miraban y tardaban en contestar. Luego habló uno como si estuvieran en familia y todos aplaudieron. Habló otro y volvieron a aplaudir, aunque se había equivocado en una palabra y tuvo que repetirla. Yo me acordaba de las películas de dibujos animados, cuando los pobres animales asisten al teatro y se entusiasman y aplauden. Uno era igual que el chivo y otro lo mismo que la rata. Casi todos buenos mozos, pero había uno pequeñín y amarillo, que apenas se lo veía. Cuando todos aplaudían, él silbaba. Cuando todos protestaron, él aplaudió. Lo miraban y se lo querían comer con los ojos. Yo me tumbaba de risa viéndolo tan pequeño y con tan mala sangre. Luego fui al que llamaban secretario primero y hablé con él. Me miraban y tardaban en contestar.

Uno dijo por fin: «Han entrado elementos extraños». Tanto lo decían que me encaré con uno: «¿Lo dice usted por mí?». Porque yo no puedo ser extraño para la república. Con otros tres estuve a punto de hacer descarrilar el tren real hacia 1927. Me pasé un año en la cárcel. Los policías del rey me han pegado fuerte y mi pistola ha metido en su casa a algún esquirolo socialista que en huelgas generales organizadas por nosotros contra la monarquía no que-

ría secundar el paro. Yo estaba allí por mi derecho y al que no le pareciera bien que se marchara, eso le dije a un joven que llevaba papeles en una cartera y se lo repetí después a ocho o diez diputados que me miraban de cierta manera. El joven de la cartera que después subió a una tribuna a leer un largo escrito no se enteraba de lo que se hablaba a su alrededor, decía que sí a todo. ¿Aquello era el Parlamento? No me lo explicaba bien. Al salir, en los pasillos me acerqué a un ujier y le pregunté si creía que todo aquello serviría para algo. Puso la cabeza de medio lado, abrió los brazos y dijo: «¡Hombre!». Parece que no tenía mucha confianza.

Gracias a que duró muy poco tiempo no me aburrí. Y no me convencieron, aunque cuando salía yo me sentía algo republicano. Y no porque sus razones me parecieran buenas, sino porque el aire, y las luces, y los gestos, y todo aquello le enturbiaba a uno los ojos. Por eso le dije al cincuentón aquel del pelo cano qué haríamos con los obispos, como si yo fuera republicano. Los había visto arriba, en una tribuna, y tenía ganas de cazar vivo a alguno. El presidente se escabullía sin contestar. Al salir, en la misma escalinata exterior, le cogí del brazo. Hicieron más fotos. Ya me habrán visto ustedes en la que «Crónica» publicó en la primera página. Luego tuve que dejar al presidente porque subió a un coche.

Frente al Congreso había soldados de infantería puestos a lo largo de la calle, como en las procesiones. Allí estaba Joaquín aburrido como una ostra, dentro de su uniforme nuevo. Es de la quinta del 30 y sirve en Saboya número 6. Me dijo que le liara un cigarro a escondidas y me preguntó si era amigo del presidente y si había dejado las ideas. Yo le dije que no. Que mi objeto había sido enterarme de aquello personalmente.

—¿Qué tal? —me preguntó con indiferencia.

—No creas —le dije— que está tan mal. Son gentes finas que hacen gestos como en el teatro. Terminé de liar el

pitillo, lo encendí y se lo di a chupar. Luego, me lo guardaba yo. Pasó un buen rato sin que habláramos. De pronto le dije que a pesar de todo tendríamos que pegarle fuego a aquello. Joaquín apoyó el cuerpo sobre el otro pie y dijo que sí con la cabeza. Por el cielo pasaron varios aeroplanos metiendo ruido. La gente empujaba. Un sacerdote se perdía entre unas mozas de vida alegre. Joaquín y yo nos estuvimos divirtiendo viéndolo manotear y sofocarse. Joaquín estaba fastidiado porque no había podido ir con su novia, una guapa chica de Carabanchel Bajo. Bien es verdad que nada tendría que envidiarle a ella Star García, la hija de Germinal, si se vistiera mejor. No es que piense por esto que Star sea muy guapa ni que pueda ser mi novia. Mucho tiene que aprender aún la pobre y no es que me guste darme importancia. Además, que me recuerda una cosa desagradable. En mi calendario, detrás del taco, hay un dibujo en colores con una muchacha de pelo blanco que se le parece mucho. Lleva las faldas todas rizadas y los pechos se le escapan del justillo. Está sentada en un banco y por detrás ha llegado entre los árboles otra tía con peluca y trenza blanca y unos encajes en el cuello, que la quiere besar. Va vestida de hombre y la muy cochina la está abrazando. A mí no me gustan las mujeres con esos vicios. Lo cierto es que Star me recuerda el calendario y éste a Star, aunque nada tengan que ver los gustos ni las costumbres del dibujo con los de mi amiga.

Hoy es sábado y tenemos pleno local de comités. Voy a sacar el papel del calendario. Domingo. Hola. Con tinta roja. ¿A ver el dorso del sábado? «Guzmán el Bueno arroja el puñal sobre la muralla para que el enemigo asesine a su propio hijo antes que entregar las llaves de la plaza». Y encima con letras grandes pone: «Efemérides patriótica». ¡Qué idiota ha sido el mundo hasta ahora! Lo mismo podrían celebrar el suceso que motivó mi salida de la casa de los padres: «El marido le pega a su mujer antes que permitir la más ligera transgresión de la moral familiar». ¡Qué

gentes! Familia —palos detrás de la puerta. «Cuanto más le pego a mi hembra mejor sale la sopa»—; Patria —asesinato de un adolescente por conservar la llave de una puerta—; Religión —mentira y suciedad para desviar las pasiones del pueblo en beneficio del usurero y la prostituta—. ¡Qué estúpido es todo esto! Dan ganas de reírse o de pegarle fuego o de ambas cosas juntas. Vamos a sacar otra hoja del calendario. Detrás del «domingo 17» aparece otro papel con un 18 rojo y encima la misma palabra: «domingo». ¿Otro domingo? ¡Bah! Me bastaba con uno. Una vez a la semana me pongo cosmético y veo a Star. Ella me mira también una vez a la semana ladeando la cabeza sin decir nada. Si sigo mirándola sonrío tontamente y se le hacen dos hoyos en la mejilla. ¡Fuera ese domingo falso! A ver, ¿qué sigue detrás? Otro domingo. Domingo 19, y luego otro: Domingo 20. Así, siete domingos seguidos. El calendario se ha vuelto loco. El tiempo no rige. Siete domingos seguidos y los siete con los números rojos como la sangre. Si es una broma tonta del tiempo, va bien con esa estampa de las pelucas blancas. Esos cochinos vicios burgueses no pueden conducir a otra cosa.